

porque no se somete a la medida sino que la norma le da sentidos que ella misma no posee pero que están latentes en la realidad. La realidad, faz de Dios de donde salen todas las inspiraciones y los mensajes y las excelsitudes. Pero no ha de ser barro sólo ni sólo medida, sino barro encendido en el fuego, medida regenerada en la música.

Del avión baja el filósofo desilusionado de la medida. El divino paisaje se le ha vuelto caricatura y por eso mismo vuelve al paisaje ya no para abismarse en sus proporciones y sí para amarlo con esa suerte de impersonal y divino amor de la naturaleza, menos agudo que el amor de las criaturas pero más iluminante. Paisajes todos de la tierra; para recrearnos en ellos, para corregir en ellos y por ellos la otra mordedura del pecado original, para eso vienen las almas a este pequeño mundo de proporciones que es el planeta. Pero no se sale de la zona de encanto de esta parodia de paraísos celestes escapando en las alas del avión, por el camino de las dimensiones. Se sale de la zona embrujada por el sésamo de Orfeo que es lo mismo que la ternura mística del cristiano. Se le cambian las leyes íntimas al mundo para que torne a lo que fué en el Paraíso.—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At53-9PPMV10009>

Proust: El prisionero de sí mismo

TRISTE, monótonamente triste, como esos cantos indios en que la nota se repite y se vuelve a repetir, y va y se extiende por los campos, buscando el por qué de su congoja y arrastrando su queja más allá de la tierra, y la igualdad de las vibraciones intensificándose hasta la angustia: tal es Marcel Proust sentimental, el hombre maravilloso que ha dado esta sensación no con lirismo sino con el elemento más extraño y más inexplorado hasta ahora en la literatura amorosa: la psicología instrospectiva aplicada al amor.

¡Creyóse que en el amor todo estaba dicho, y Proust vino a fijarnos, a analizarnos, a abrirnos ante los ojos, bajo aspectos enteramente nuevos, todo el campo desolado del sufrimiento amoroso. Nadie tuvo antes una clarividencia más maravillosa de lo subjetivo, nadie analizó como él las relaciones y las in-

fluencias, en un estado de ánimo, de los colores, de los sonidos, de las luces, y de las formas, y nadie nos explicó más nítidamente por qué nacen y se acentúan determinados sentimientos que son sólo el resultado de mil causas pequeñas que se entrelazan en tal o cual forma hasta convertirlas en una pasión. Y aún la palabra pasión tiene otro sentido en Proust: es más fuerte y más débil, más clara y más ciega. Proust en sus momentos de mayor exaltación no llega jamás hasta la violencia, y a pesar de sentirse sacudido como el árbol por el huracán es capaz de escribir una carta fría, indiferente, a la mujer que representa para él la vida entera. Proust es un lúcido, un vidente del proceso amoroso que busca las reacciones lógicas y atenuantes de su fuerza por lo mismo que se sabe, por su naturaleza débil y nerviosa, un predestinado del dolor.

Dice en *El Amor de Swann*:

Más tarde sucede que, más hábiles para cultivar nuestros placeres, nos contentamos con pensar en una mujer, como yo pensaba en Gilberta, sin inquietarnos por saber si esta imagen corresponde a la realidad, y aún de amarla sin estar seguros de que ella nos ame; o todavía que renunciemos al placer de confesarle nuestra inclinación por ella, a fin de mantener más viva la inclinación que ella tiene por nosotros, imitando a esos jardineros japoneses que, para obtener una bella flor, sacrifican muchas otras.

Esta frase es sólo la melancolía del fracaso, la astucia del débil que ya nada espera de la fuerza. Y toda la profundidad, toda la belleza, toda la poesía que flota en su obra, es esa mirada nostálgica a la vida que pasa llevándose escondida la felicidad inalcanzable, que lo exacerba, que lo obsesiona y que lo angustia a medida que se aleja, pues sólo de ella espera fijarse en el tiempo y en el espacio.

Después, cuando postrado y enfermo se cerraron las puertas de todos los sueños realizables, orientó esa tensión nerviosa a la otra de arte que era su vida dentro de sí mismo. Su vida perdida y su vida encontrada en la sensación pura del recuerdo. Durante quince años en su lecho de enfermo revivió todo el pasado. La víspera de su muerte dictaba sus impresiones de agonía destinadas a completar el pasaje de «la Muerte de Bergotte» en *La Prisionera* y encontráronse en su cabecera unas hojas ilegibles, manchadas de tisana, que escribiera en su última noche, entre las cuales se distinguía el nombre Forcheville, uno de sus personajes.

Durante esos quince años sólo temió que la muerte le quitara la misma posibilidad que le negó *la vida*: la posibilidad de realizarse. Y no es un anacronismo hablar de la vida en

tiempo pasado cuando aún no dejaba de existir. Es que en el hecho Proust pasó a ser sólo el recuerdo de sí mismo, cortando todo interés, toda relación con el presente.

Sobre Proust ya se ha hablado y escrito bastante. Sus admiradores y sus detractores lo han analizado profundamente; hoy los primeros apagan a los últimos casi por entero. El escritor pasa por un período en que su talento, su arte, su estilo no admiten negación. Es la hora de la gloria en su momento más brillante. Pero yo quiero dejar a un lado el Proust maestro para analizar tan solo al Proust humano, deshecho de ternura, tal como en su mirada a los recuerdos se ve él mismo; como un símbolo, como una marca que siempre reconocerá después, en ese momento angustioso que precedía a sus sueños cuando esperaba a su madre que vendría a besarle en la mejilla y a traerle con su beso la sensación de su angustia y de su pena. Siempre fué después así: no cambió con los años su modalidad espiritual. Toda la alegría y todo el dolor dependían de un gesto, de la realización de un hecho insignificante, pero al cual ya sus nervios, sus deseos agudizados y su facultad de soñar, embelleciendo, le habían dado proporciones integrales. De pequeño sueña con la mejilla de su madre. En la mesa, mientras come, momentos antes de irse a dormir la mira y localiza el pequeño sitio en que ha de colocar sus labios, y es para él como un beso anticipado. Y una noche en que su padre, hombre bueno pero sin sensiblerías, y por lo tanto incapaz de comprender ciertos sufrimientos, le envía a la cama impidiéndole besarla, el deseo del niño empieza a intensificarse más y más dolorosamente. Llega un momento en que va desnudo a esperarla en la escalera, acechando el instante que pueda permitirle el desahogo de su pena. Y cuando lo ha obtenido llora, llora en forma incontenible, comprende que ha ido contra los «principios» establecidos, pero se siente pequeñito, como una hierba contra el viento, y sus sollozos son como la piedad anticipada de sí mismo.

¿Qué es más tarde la mujer para Proust?

Una muñeca interior, fabricada con los dones de nuestros deseos. La ocasión la ocasión solamente de nuestros sueños. El sueño necesita muy poco para prender en nosotros: se ama sobre una sonrisa, sobre una mirada, sobre un hombro. Esto basta; y después en las largas horas de esperanza o de tristeza, se fabrica una persona, se compone un carácter.

Quando Marcelo (es decir Proust) al cual la partida de Al-

bertina ha llevado al paroxismo del sufrimiento, le muestra a Saint-Loup su retrato, éste se queda estupefacto entre la desproporción del dolor de su amigo y la insignificancia física de la mujer que se lo causa. Y hay entonces, respecto al rostro de la mujer querida, esta maravillosa reflexión:

No, es que cuando se ha llegado al grado en que el amor causa tales daños, la construcción de las sensaciones interpuestas entre el rostro de la mujer y los ojos del amante, está ya colocada bastante lejos para que el punto en que se detienen las miradas del amante, punto en el cual se encuentra su placer y sus sufrimientos, esté tan lejos del punto en que los otros lo ven, como está lejos el sol verdadero del sitio en que su luz concentrada nos lo hace percibir en el cielo.

Y agrega más lejos:

Dejemos las lindas mujeres a los hombres sin imaginación.

Y es esa facultad de imaginación la que lo lleva a vivir estados de alma hechos y deshechos dentro de sí, pendiente fatal del sufrimiento a medida que se aleja de la realidad.

Si nuestro amor tiene tan pocas raíces en la persona amada, las tiene poderosas y dolorosas dentro de nosotros. Nuestro amor está constituido por nuestras inquietudes, nuestras esperanzas, nuestras angustias, nuestras alegrías, nuestros celos, nuestros hábitos. Nuestra felicidad no depende de la presencia de nuestra amante, sino solamente de la terminación de nuestra ansiedad. (*Albertine disparue.*)

Así Albertina, desaparecida esta vez definitivamente, por la muerte, mantiene en Marcelo los mismos celos, los mismos sentimientos. Nada ha cambiado, pues, ya antes él amaba un ser abstracto. Amaba una idea, una ilusión, un ser ausente, que tiene mucho de un recuerdo.

Y aquí rozamos la tragedia íntima de Proust, tragedia de toda la humanidad, y que por eso adquiere el relieve enorme de los símbolos, de los caracteres universales. Proust más que nadie fué un solitario, un enclaustrado de sí mismo, un prisionero de sus nervios y de sus deseos. Se sintió demasiado gravitar en torno suyo y buscó con ardor, con pasión, con obsesión la continuación de su ser en otro ser, la armónica prolongación, que mientras más fugitiva se traducía en un mayor sedimento de tristeza dentro de su yo. Pero el amor que es a veces espejismo de continuidad, sólo nace por la exaltación y para Proust la única exaltación era el sufrimiento. La idea de que ya algo era suyo lo despojaba de todo interés ante sus ojos. En cambio lo exacerbaban las mujeres imposibles,

llegando a amarlas hasta el sufrimiento y sin poder sentir jamás en ellas una armonía positiva de sí mismo.

Así dice en el más bello pasaje en que resume lo que constituyó el amor para su vida:

En el hecho las mujeres que yo he querido más no coincidieron jamás en mi amor por ellas. Este amor era verdadero puesto que yo subordinaba toda cosa a verlas, a guardarlas para mí solo, puesto que sollozaba si una tarde las había esperado. Pero ellas tenían la propiedad de despertar este amor, de llevarlo al paroxismo, mientras menos eran su imagen. Cuando las veía, cuando las oía, no encontraba nada en ellas que se pareciera a mi amor y pudiera explicarlo. Y sin embargo, mi único júbilo era verlas, mi única ansiedad esperarlas. Se habría dicho que una virtud, que no tenía ninguna relación con ellas, les había sido accesoriamente agregada por la naturaleza, y que esta virtud, este poder semi-eléctrico tenía como efecto sobre mí el de excitar mi amor, es decir, de dirigir todas mis acciones, de causar todos mis sufrimientos. Pero a esto la belleza, o la inteligencia o la bondad de esas mujeres eran enteramente ajenas. Yo he sido sacudido por mis amores como por una corriente eléctrica, los he vivido, los he sentido; jamás pude llegar a contemplarlos o a pensarlos. Me inclino aún a creer que en estos amores (dejando a un lado el placer físico que les acompaña habitualmente pero que no es suficiente para constituirlos), bajo la apariencia de la mujer, es a las fuerzas invisibles, de las cuales está accesoriamente acompañada, a las que nos dirigimos como a obscuras divinidades. (*Sodomme, II.*)

Albertina, Odette, Gilberta, llegan a inspirar una pasión porque no son el «tipo» buscado; ponen en juego la fuerza procreadora del sufrimiento y «... à partir d'un certain âge, nos amours, nos maîtresses sont filles de nos angoisses». Y más lejos: «... peut venir très tôt qu'on soit rendu moins amoureux par un être que par un abandon...» (A. d.)

Proust fué un vencido en su necesidad de lo absoluto, que entrelazó a sus amores la subjetividad del universo entero. El mar, la montaña, las noches nevadas, las tardes florecidas iban a repercutir dolorosamente en su corazón trayéndole perfumes o perfiles o actitudes de mujer. La mujer era un motivo del paisaje; las muchachas en flor le llevaban el amor con sus siluetas recortadas frente al mar; el recuerdo de Albertina era punzante en los rayos de sol, en las curvas de los cisnes, en las estaciones todas. Para alejar el dolor le habría sido necesario renunciar al universo entero. Y su tristeza es más serena mientras hay una mayor claridad en sus errores.

Murmura:

Quién me hubiera dicho en Combray, cuando esperaba el beso de mi madre, con tanta tristeza, que esas ansiedades se curarían para renacer un día, no por ella, sino por una niña que no sería, sobre el horizonte del

mar, sino una flor a la cual mis ojos solicitarían cada día ir a contemplar, pero una flor pensante, y en el espíritu de la cual yo desearía, tan puerilmente, tener un gran sitio

Amores cristalizados por el imposible en que los rostros de las mujeres queridas eran extraños y lejanos, separados por la sombra gris del ensueño en la que flotaban los mil otros rostros que ponía y descomponía sobre el verdadero. Algo suyo, muy suyo, enteramente suyo. Así vivió inclinado sobre su corazón viéndoles nacer, crecer y morir al margen de la vida.—MARTAVERGARA.

El dolor de escribir

ALGUIEN me ha hecho una pregunta que parece una pirueta irónica: ¿Debe vivir el escritor de su pluma? Nadie tiene la veleidad de preguntar si el labrador debe vivir del producto de su siembra, o el industrial del rendimiento de sus fábricas. Y todo indica que se llevaría en automóvil al manicomio a quien, para seguir cultivando esas actividades, se dedicase a trabajar en otros oficios. Sin embargo, cuando se trata del escritor, falla la lógica. Hasta parece justo que, siendo el pensamiento la función más alta dentro de las sociedades, resulte la menos retribuida. Para tener el honor de escribir, es decir, de ser negado, pospuesto, calumniado, el intelectual debe postular empleos y mantenerse a flote con ayuda de otras actividades, porque es cosa convenida y resuelta que su oficio es un honor y los honores no se pagan.

Así conservó Huysmans un empleo en un Ministerio. Anatole France fué bibliotecario del Senado. León Frapie es maestro de escuela. Balzac disfrutó de una canonjía en un Banco. Víctor Hugo cobró una pensión. Lamartine se refugió en la diplomacia. Vigny fué oficial del ejército. Zola, dependiente de librería. Dumas, secretario del Duque de Orleans. Stendhal, vice cónsul. Loti, oficial de marina...

Con excepciones raras, el talento sólo sirvió para enriquecer a los editores. Y el escritor sólo prosperó buscando otros puntos de apoyo o evolucionando hacia el periodismo o la política. En cualquier oficio se gana más.